

La “nueva era” de las instituciones en los Estados Unidos



ENSAYO ACADEMICO

¿Hace agua el excepcionalísimo estadounidense?

LEONARDO VIVAS PEÑALVER [Orcid.org/0009-0001-1115-991X](https://orcid.org/0009-0001-1115-991X)

Leovivasp@gmail.com

Emerson College, USA

Resumen

En este ensayo se analiza el surgimiento, razones, e impacto político del liderazgo de Donald Trump en Estados Unidos desde fines de la década pasada hasta la actualidad. Partiendo de la noción de excepcionalismo, la cual se ha usado y de la cual también se ha abusado ampliamente, tanto en medios académicos como en medios intelectuales estadounidenses, se explora cómo emergió el liderazgo de Trump, partiendo de varias herencias. Por una parte, la sensación de pérdida que ocasiono a la mayoría blanca su relativo desplazamiento demográfico, el cual venía debilitándose desde la era de los derechos civiles. La segunda herencia, muy unida a la primera, pero encarnada bajo las banderas del movimiento del Tea Party, el cual fue una respuesta masiva y corrosiva desde la derecha conservadora contra la presidencia y el legado de Barack Obama, el primer presidente mestizo de su historia. Luego se analiza el papel y la dinámica política que encarnó Trump como parte de la emergencia del populismo a escala mundial para finalmente examinar los factores y antecedentes de naturaleza estructural que condujeron a la erosión de la democracia en ese país. Se examina también el legado que deja Trump tanto en el plano de las instituciones públicas como en los partidos políticos, principalmente el partido republicano, así como algunos escenarios del impacto que tendría una segunda presidencia suya.

Palabras clave: Excepcionalismo; Estados Unidos; política internacional; populismo; crisis presidencial; separación de poderes.

Cómo debe citarse este artículo:

Vivas, L. (2024). ¿Hace agua el excepcionalísimo estadounidense?. *Esfera Pública Revista en Gobernanza y Sociedad*, 2 (4.1), 129-143. <http://www.esferapublica.mx>

El espejismo de la salida de trump de la presidencia

El miércoles 20 de enero de 2021 fue un día luminoso. La investidura de Joe Biden como cuadragésimo sexto presidente de Estados Unidos pareció marcar el fin del período disfuncional de Donald Trump. La transición se produjo en medio de continuos y fuertes llamados a superar la amargura de la política polarizada, apelando a los mejores ángeles de un ego nacional maltrecho y levitando con el sonido de la poética prístina de Amanda Gorman, la joven poetisa negra. El relativo alivio que trajo ese día pudo haber dado paso a la percepción por parte de una mayoría de estadounidenses de que el país estaba volviendo a la normalidad. Incluso el siempre tan mencionado excepcionalismo estadounidense —la noción de que Estados Unidos, por razones que veremos luego, son únicos como nación— parecía retomar el vuelo perdido.

Los futuros historiadores que analicen estos momentos turbulentos probablemente se cuestionarán si el excepcionalismo estadounidense se mantuvo vigente hasta el miércoles previo a la fecha mencionada, el trágico 6 de enero, cuando una multitud de seguidores de Trump invadió violentamente el Capitolio de Estados Unidos, con la intención de impedir que el Congreso certificara los resultados de las elecciones presidenciales de 2020, en las cuales el presidente en funciones había sido derrotado. Ese día fatídico la luz en el Capitolio parpadeó de manera dramática. Puede que haya sido solo por un breve período, pero fue suficiente. Por cierto, las cosas no volvieron por completo a la normalidad, no como solían ser. Y una buena parte del globo espera todavía.

Por supuesto, no faltará el latinoamericano que, con escepticismo, sonría al pensar que ya era hora de que la arrogancia de la nación que se convirtió en prácticamente el único hegemon mundial llegara a su fin. Sin embargo, siendo realistas, hay que reconocer que los latinoamericanos están acostumbrados a las crisis, y, aunque a golpes, han aceptado que la estabilidad política a menudo parece una ficción.

En todo caso, surge la pregunta: ¿de dónde proviene este malestar que ya lleva más de una década y se ha vuelto algo común en la política de Estados Unidos? ¿Es un rasgo permanente de su sistema político actual o un fenómeno pasajero?

Donald Trump: el líder de la nostalgia blanca

Con el debilitamiento del excepcionalismo estadounidense, se presencié uno de los esfuerzos más dañinos en tiempos recientes por deshacer la gran promesa de la democracia en ese país: su capacidad de mejorar en torno a los ideales de justicia, libertad individual, igualdad y el Estado de derecho. Lo más destacado es que, históricamente, las transiciones de poder siempre se han producido de manera pacífica. Aunque fue Alexis de Tocqueville quien popularizó la idea del excepcionalismo estadounidense durante su visita a esa nación, esta noción se arraigó más profundamente en el siglo pasado cuando Estados Unidos se consolidó como la primera potencia mundial. Según Seymour Martin Lipset, gracias a su origen revolucionario, su "religión cívica" de la democracia, su fuerte individualismo y su compromiso con la igualdad, Estados Unidos logró evitar los vaivenes del socialismo y la inestabilidad asociada a la lucha de clases, fenómenos que afectaron a otras democracias occidentales y a gran parte del mundo.

Pero de lo que no pudo librarse fue del populismo, así como tampoco pudieron hacerlo otras democracias occidentales. Por no hablar de las democracias latinoamericanas, mucho más incipientes y frágiles, que han sido más proclives al populismo porque fue precisamente en la región donde esta forma política adquirió carta de ciudadanía durante el siglo XX y donde ha aparecido, desaparecido y reaparecido cíclicamente desde entonces. Pero volvamos a los Estados Unidos.

Con el tiempo la noción de excepcionalismo que popularizara Martin Lipset se extendió para cubrir otras interpretaciones, convirtiéndose así en parte del firmamento de justificaciones históricas a las cuales apelan los Estados Unidos para darse sentido como país. Pero como suele ocurrir, mucho de lo acontecido en años recientes está arraigado en el pasado. Un elemento crucial de ese legado histórico es la mancha racial que marcó la formación de la nación desde sus inicios. Estados Unidos ha avanzado sustantivamente en la superación de las atrocidades raciales de su pasado, cuya resolución fue pospuesta primero a fines del siglo XIX y luego congelada durante décadas bajo el status quo representaron las leyes de Jim Crow.¹ A mediados de los años 60 del siglo pasado el movimiento por los derechos civiles rompió ese *status quo*, permitiendo un nuevo comienzo, el cual trajo como resultado que poco a poco se rehiciera la percepción que los estadounidenses tenían de sí

¹ Las leyes de segregación racial y privación de derechos conocidas como "Jim Crow" representaron en la práctica un sistema formal y codificado de apartheid que prevaleció en el sur de Estados Unidos durante cerca de tres cuartos de siglo y establecido un par de décadas tras la guerra civil. Tales leyes afectaban casi cualquier aspecto de la vida cotidiana, incluyendo la segregación obligatoria de escuelas, parques, bibliotecas, plumas de agua, baños públicos, autobuses, y restaurantes. Los letreros de "Solo blancos" y "De color" fueron recordatorios constantes de un orden racial establecido a sangre y fuego (PSB, 2024).

misimos, ahora compuesta por imágenes de mayor diversidad. Pero también cambió la orientación política que predominaba en la geografía del país, según la cual el Sur era predominantemente demócrata—como herencia de la Guerra Civil y la legislación de Jim Crow—mientras el Medio Oeste era republicano. Tras la firma de los decretos de los Derechos Civiles por Lyndon Johnson, el sur se volcó al partido republicano mientras el partido demócrata se afianzaba en ambas costas en tanto que el medio oeste podía variar según la elección.

A medida que el impulso del movimiento por los derechos civiles disminuía, la política tradicional solo permitió una lenta superación de las dificultades impuestas por la segregación racial. Ya fuera por las duras realidades en las áreas urbanas de Estados Unidos, donde durante décadas grandes grupos de familias negras se concentraron en barrios cercanos a los centros de las ciudades, mientras los suburbios representaban el nuevo modelo de una mayoría blanca, acomodada y dominante, o por el impactante índice de encarcelamiento de afroamericanos, durante años persistieron nuevas formas de segregación racial y social. En medio de estos cambios, la América blanca continuó dominando el panorama cultural y representando a la nación, ya que la población de origen europeo seguía siendo mayoritaria en cada censo, hasta que dejó de serlo.

Las nuevas realidades de la transición étnica que trajo el cambio de siglo fueron descritas por Samuel Huntington en su último libro *Who Are We?*, en el cual planteaba que los cambios en la composición racial que experimentaba Estados Unidos podían estar relajando la prevalencia histórica de la tradición anglosajona en el espíritu nacional. No había que olvidar, según él, que el formato institucional que había puesto en marcha la nación desde su nacimiento provenía de esa tradición (¿nueva versión del excepcionalismo?) Y que esas instituciones y formas políticas habían logrado fortaleza y estabilidad precisamente por el predominio de una idea de la nación cuyos portadores provenían de esa herencia blanca y anglosajona. Ese planteamiento, aunque basado en una interpretación histórica y social respetable, no dejaba de marchar en paralelo a ciertos sentimientos de esa parte del país que reclamaba para sí la herencia del pueblo estadounidense y sus ideales. ¿Quiénes somos?, se preguntaba Huntington. Somos lo que somos porque somos producto de esa herencia anglosajona, que echó las bases de una forma de vida basada en instituciones políticas sólidas. Y esa visión también tenía eco en el ciudadano común, probablemente de manera todavía dominante, quien pasaba a aceptar el canon anglosajón y blanco como fuente de la hechura de la nación y, un poco más allá, como su razón de ser.

Huntington argumentaba que si las circunstancias hubieran sido distintas, como si Estados Unidos hubiera sido colonizado por los ibéricos y, por ende, heredado su civilización, el país no sería más que otro Brasil. Sin embargo, las realidades históricas y demográficas son obstinadas, y parece que el autor llegó tarde a esta conclusión. Para cuando su libro se publicó, las minorías hispana y negra ya habían superado ampliamente su proporción de décadas anteriores, en gran parte debido a la masiva inmigración desde la frontera sur. Además, estudios demográficos, como los de Pérez y Hirschman, mostraban que la autoidentificación racial y cultural basada en la diversidad se fortalecía a medida que aumentaba la cantidad de inmigrantes. En resumen, la América predominantemente blanca que se había proyectado al mundo empezaba a cambiar tanto en su apariencia como en sus formas de expresión.

Cuando Barack Obama ganó las elecciones de 2008, se desató primero el desconcierto en una parte de ese vasto segmento social, el cual mutó más tarde hacia respuestas airadas en torno a distintos problemas de la vida de la nación. La desindustrialización del Medio Oeste, el aislamiento cultural de la América rural (principalmente blanca) y la crisis financiera de 2007 terminaron conformando un coctel demasiado fuerte. La nación más poderosa del planeta empezó a mostrar pies de barro. Naturalmente, el mundo acogió con regocijo este reconocimiento interno del famoso “melting pot” del cual Estados Unidos se enorgullecía, al menos de la boca hacia afuera. Pero, como también suele ocurrir, la procesión iba por dentro.

El principal fenómeno político de aquellos años, por cierto, no terminó siendo el brillante liderazgo de un jefe de estado afroamericano (o mestizo, que a los efectos internos de ese país es casi lo mismo), lo cual parecía lógico en tanto que emergía de una sociedad diversa. Fue algo más subterráneo. Fue la emergencia del *Tea Party*, el movimiento masivo de derecha nostálgica que se planteó revocar, si no con palabras directas, al menos con sus símbolos e insinuaciones, el *aggiornamento* reciente de la política estadounidense a sus nuevas realidades sociales y raciales. Sin admitirlo abiertamente, el *Tea Party* encarnó la repulsión de la América blanca ante un país que, según ellos, estaba perdiendo su herencia, similar a lo que Huntington temía. Lo que comenzó como una rebelión en los márgenes del Partido Republicano, poco a poco se transformó en el núcleo de sus ideas. Estas no solo defendían un gobierno limitado y la reducción del papel del gobierno federal, junto con la habitual disminución de impuestos, sino que ahora también atacaban de manera agresiva los derechos de las minorías raciales y de género, que se habían fortalecido en todo el país durante las últimas dos o tres décadas.

No es de extrañar que la afirmación de los defensores de la teoría conspirativa sobre el nacimiento de Obama—promovida principalmente por el propio Trump— haya tenido un fuerte eco en esa porción de Estados Unidos que Hillary Clinton en su momento caracterizó despectivamente como un “cesto de deplorables”. Esa expresión infeliz no dejaba de mostrar el escaso reconocimiento de la élite dominante en el partido demócrata de lo que ocurría en la América profunda. Poco tiempo después Trump haría su entrada a la Casa Blanca con su “Devuélvannos la América blanca”—el verdadero subtexto de “*Make America Great Again*”. El resto es historia.

Trump, polarización y populismo

El politólogo francés Pierre Rosanvallon ha sostenido que el siglo XXI es el siglo del populismo. Hubo precedentes del populismo actual tanto en Europa como en Estados Unidos, y especialmente en América Latina en el siglo XX, pero la erosión reciente de la democracia liberal en todo el mundo le ha abierto la puerta al surgimiento de una nueva clase de populismo. Es claro que en el mundo actual pareciera estar operando un contragolpe de regímenes autoritarios contra la Tercera Ola de la Democratización que se inició con fuerza en varias partes del globo a partir de los años 70 del siglo pasado, cuyas mejores descripciones ha realizado el consorcio internacional Varieties of Democracy. Y ha sido en ese clivaje que comenzó a expresarse con fuerza en la segunda década de este siglo y a fortalecerse en esta tercera década donde el populismo ha encontrado una horma societal adecuada para florecer. Principalmente, porque como han señalado adecuadamente Lührmann, A., & Lindberg, el autoritarismo que hoy predomina a escala mundial es distinto al del siglo XX, depende menos de los golpes militares y de las revoluciones y utiliza más los mecanismos de la democracia electoral para erosionar y controlar los pilares del poder político. Y el populismo realiza su ejercicio de gobernanza en la cuerda floja entre el autoritarismo y la democracia liberal.

El populismo se traduce en el cuerpo político por medio de expresiones alternativas de las masas descontentas en torno a líderes carismáticos que rechazan el *status quo*, que buscan una conexión directa con sus seguidores (hoy principalmente a través de las redes sociales) y que asaltan el mundo de la política y sus élites con su retórica de odio. En Europa una de las primeras muestras ocurrió en el Reino Unido en lo que coloquialmente se conoce como *Brexit*, que fue el rechazo de los ciudadanos de esa vieja nación a su pertenencia a la Unión Europea. Aunque el Reino Unido siempre tuvo prevenciones con la marea europeizante que se desató a

finis del siglo pasado y comienzos de este—no en balde mantuvo su propia moneda, la libra esterlina, para garantizar la autonomía de su política monetaria—siempre contribuyó con la visión de largo plazo de una Europa grande y unida. Pero bastó el llamado de un político marginal como Nigel Farage, alimentado por los temores a la invasión de otras etnias—como los árabes provenientes de la diáspora siria—o simplemente la desazón por compartir los beneficios del estado de bienestar con europeos más pobres, para que el llamado a un referendo concluyera con una votación mayoritaria para abandonar la Unión Europea.

Por su parte, las dificultades de la transición a la democracia de algunas naciones del este europeo, como Hungría y Polonia, también contribuyeron a que en estos países surgieran rechazos tanto a la “invasión musulmana” como a la presunta debilidad de la separación de poderes. Su consecuencia principal ha sido el hipernacionalismo—el cual también ha infectado países como Italia, Austria y Francia—y en ocasiones una suerte de fascinación por el hombre fuerte a imagen y semejanza de Vladimir Putin, el principal símbolo de una vuelta al autoritarismo abierto bajo el señuelo de elecciones que siempre terminan siendo amañadas.

Pero claro, en el universo populista la reina de la baraja siempre la ha tenido América Latina. Incluso sin remontarnos al siglo XX en su totalidad, cuya época de oro populista vio emerger líderes como Perón, Velasco Ibarra y Getulio Vargas, en las postrimerías de ese siglo volvió a renacer de sus cenizas, y tal como ha recordado Kurt Weyland, ahora con nuevos ropajes como haber dejado de ser un fenómeno asociado de manera exclusiva con el lenguaje y las acciones de izquierda, para dar paso a versiones antipódicas como Fujimori en Perú y Hugo Chávez en Venezuela, pasando por versiones intermedias como Menem en Argentina y Rafael Correa en Ecuador, que adelantaron versiones pasadas por agua de los dos primeros. Y no es descabellado avanzar la hipótesis de que las formas más refinadas del avance autoritario de la mano del populismo no siguieron el curso clásico Norte-Sur sino al contrario, del Sur al Norte. Estas nuevas maneras de erosionar las normas democráticas de convivencia y avanzar hacia el control de la sociedad por medio del hiperpresidencialismo cobraron preeminencia principalmente con Hugo Chávez en Venezuela, quien surfeó las olas de los altos precios del petróleo a pocos años de su elección para lanzar una ofensiva de su modelo político en todo el continente. Algunas de ellas fueron pulidas y mejoradas por Vladimir Putin en Rusia y enarboladas por otros líderes populistas en otras latitudes.

Con Donald Trump, Estados Unidos no solo ha demostrado ser susceptible a ciertos componentes del populismo del siglo XXI, sino que lo ha experimentado en una escala dramática. Trump ciertamente se inspiró y se aprovechó de los avances

de la ola creada por el *Tea Party*, pero su revuelta populista solo fue posible gracias a una segunda tendencia más reciente que también forma parte del recetario populista: la polarización extrema. Junto con el estallido de emociones políticas y la personalización excesiva de la política en torno a la personalidad del líder y el abuso de su uso, la polarización, es el principal instrumento del populismo, que convierte a los adversarios internos en enemigos irreconciliables. Mientras Hugo Chávez y algunos de sus seguidores en América Latina llamaban a la lucha del pueblo contra la oligarquía, en Estados Unidos, el llamado fue a enfrentar al pueblo llano contra el “estado profundo” o el “pantano” que representa Washington como sede de los poderes federales.

La polarización y la retórica descarnada no son ajenas a la vida política estadounidense, las cuales han estado presentes en distintas circunstancias, como fue el caso poco antes de la Guerra Civil o en la época del macartismo, a fines de los años 50 del siglo pasado. Irónicamente, la llegada de esta nueva clase de polarización en la política estadounidense puede haber sido hasta cierto punto el resultado del colapso del comunismo. Como sugirió el cineasta Ken Burns en una entrevista por TV realizada en 2023, mientras el comunismo se encaminaba hacia el basurero de la historia, Estados Unidos perdía al enemigo común que había unido al país, y que había fortalecido su visión como nación excepcional, cuna de la libertad y potencia dominante del siglo XX.² En un interesante giro de la historia, después de la caída del Muro de Berlín, la noción del enemigo en política acuñada por Carl Schmitt, volvió por los fueros para atormentar a tirios y troyanos justo cuando se pensaba que el mundo estaba listo para un futuro desenfrenado de democracia y libertad.

El “enemigo” pasó de ser externo a ser interno, empujando a Estados Unidos a una era política tumultuosa. Con las presuntas 30.000 mentiras derramadas sobre Estados Unidos en sus cuatro años de mandato y a lomos de la herencia dejada por el Tea Party como resultado de su paso por la escena política, Trump más que nadie ha contribuido a crear la áspera división entre republicanos y demócratas y, más recientemente, de los republicanos entre sí. Cualquiera que haya visto el debate en la Cámara de Representantes en torno al segundo juicio político realizado por el Congreso contra Donald Trump sin duda pudo percibir no solo el abismo entre demócratas y republicanos, sino también el rencor, llevado a la más alta potencia tras las elecciones. De hecho, la cadena de argumentos puestos sobre la mesa por Trump sobre la elección que le habrían robado en el año 2020, se ha convertido en uno de los clivajes políticos que continúan acechando la normalidad electoral hasta la fecha.

² Alrededor del minuto 10 en la siguiente entrevista: <https://www.c-span.org/video/?527600-5/filmmaker-ken-burns-democracy-united-states>

Más allá y más acá de las ideas puras

Hay que decir que este virus que parece haberse apoderado principalmente del alma del partido republicano no es meramente un asunto de su visión sobre la sociedad o de la emergencia de un líder populista, sino que refleja algunas realidades más estructurales. Es lo que plantean Steve Levitsky y Daniel Ziblatt en uno de sus libros más recientes. Se ha afirmado hasta la saciedad que uno de los aspectos de la constitución estadounidense que opera como fuente principal de la estabilidad de su sistema democrático es la separación de poderes. Ahora bien, como señalan los autores, muchos otros países han diseñado constituciones basadas en la carta magna de esa nación (Filipinas y varios países latinoamericanos, Argentina entre otros) y han estado plagados de inestabilidad, de modo que algún otro secreto debe estar operando.

Ningún secreto. Según Levitsky y Ziblatt, aparte de que los distintos poderes están diseñados para actuar como contrapesos, para que esto ocurra, Estados Unidos históricamente ha erigido vallas de contención que buscan evitar los abusos de un poder sobre otro. Estas vallas, que operan como reglas no necesariamente formales, han sido una de las garantías fundamentales para que la separación de poderes en ese país opere de manera efectiva y se mantengan el equilibrio y la relativa normalidad política. Entre ellas se cuentan la disposición que por casi un siglo tuvieron los senadores de ese país de no bloquear la facultad del presidente de nominar los miembros de la Corte Suprema de Justicia, que como se sabe, son ratificados por el Senado. Esta facultad le fue negada al presidente Obama tras el bloqueo en febrero de 2016 de un candidato para llenar una baja reciente en la Corte. Ese bloqueo fue encabezado nada más y nada menos que por el senador Mitch McConnell, por el estado de Kentucky y líder de la mayoría republicana en ese entonces. Otro ejemplo ha sido el uso de infinitos discursos dilatorios u obstruccionistas para evitar que se aprueben piezas legislativas (el famoso *filibuster*). Esta práctica que, al igual que la anterior, se había evitado por largo tiempo, fue retomada en años recientes, conduciendo a bloqueos legislativos importantes.

Igualmente, el clima de confrontación e hiperpolarización que ha cobrado cuerpo en la vida política de EE. UU. ha contaminado los modos habituales de operar de los cuerpos legislativos, rompiendo incluso algunas reglas y dificultando la preparación conjunta (“crossing the aisle”) por parte de diputados o senadores de ambos partidos de piezas legislativas que puedan subsanar algún problema específico que afecte a millones de ciudadanos. Un ejemplo reciente es la ampliación del techo de la deuda, acción que no depende de la presidencia sino

del Congreso. Tanto durante el período de Obama como más recientemente, bajo la administración Biden, ha habido intentos por torpedear su aprobación. En el primer caso, al demorarse por varias semanas la aprobación por parte de la cámara baja, por primera vez en su historia Estados Unidos vio disminuida su calificación de riesgo por las agencias respectivas.

Este año 2024 también se vio frustrado un amplio acuerdo sobre inmigración, negociado entre ambos partidos en el Senado tras los intensos esfuerzos de algunos de sus principales líderes, y que contaba con el respaldo del presidente Biden. Desde su residencia en Florida, el expresidente Trump presionó a los republicanos que controlan la Cámara Baja y a los senadores de su partido para que rechazaran la propuesta. Trump argumentó abiertamente que aprobar dicho acuerdo sería un triunfo para el presidente Biden, algo inaceptable en un año electoral.

Lo cierto es que el siglo XXI ha visto emerger una larga lista de líderes que, bien desde la oposición o luego en el gobierno, han mostrado una clara voluntad de erosionar las bases del funcionamiento democrático. Levitsky y Ziblatt listan cuatro indicadores de conducta autoritaria que se hacen presentes en la práctica política de esos líderes. No todos ellos las asumen a cabalidad, pero de acuerdo su criterio, Trump los ha cumplido con creces. Ellas son: a) un claro rechazo de las reglas de juego de la democracia; b) negación de la legitimidad de sus adversarios políticos; c) tolerancia o promoción de la violencia; y d) disposición a coartar las libertades civiles de sus opositores, incluyendo a los medios de comunicación. El grado de sujeción a estas prácticas varía de un líder a otro y, dependiendo de quien se trate, la intensidad de su uso ha sido peor que la de sus pares.

Esta caracterización coincide con otras visiones sobre las transiciones de un tipo de régimen a otro, tal como lo han planteado Mainwaring y Pérez Liñán para América Latina. Una versión muy sumaria de sus argumentos es que la transición de las dictaduras a la democracia en esa región fue posible, amén de circunstancias históricas particulares (como la declinación de la Guerra Fría y el fracaso de los movimientos guerrilleros, con el consecuente cambio de la política de EE. UU. hacia la región) por la mutación en la postura de los principales actores políticos—tanto de izquierda como de derecha—hacia una mayor aceptación de las reglas democráticas por encima de sus inclinaciones ideológicas. En el caso que nos ocupa, no solo ha incurrido Trump con frecuencia y con gran dedicación en las cuatro categorías señaladas más arriba, sino que también ha negado cualquier preferencia por las reglas democráticas en favor de su postura política particular. Como se ha señalado hasta el cansancio el eje de su estrategia—y de su popularidad—ha sido negar que perdió las elecciones presidenciales de 2020, postura que mantiene hasta

el presente. Incluso después de la convención republicana de julio de 2024, tras aceptar por tercera vez la candidatura presidencial, Trump continuó afirmando que le habían robado las elecciones pasadas. Además, criticó duramente al gobernador republicano de Georgia por negarse a alterar los resultados de las elecciones presidenciales de 2020 en ese estado.³

Cuesta abajo en la rodada...

El ambiente corrosivo del discurso y la acción política, al cual Donald Trump ha contribuido decisivamente también ha impactado el funcionamiento de los partidos y el sistema judicial, los cuales se han resentido, pasando a funcionar como caja de resonancia de la prédica autoritaria del expresidente. Los segundos perdiendo su neutralidad y en ocasiones funcionando como receptáculo de posturas políticas abiertamente partisanas. Los primeros, pero en particular el Partido Republicano, al ir perdiendo su poder articulador de grupos sociales diversos y expresar sectores minoritarios pero muy homogéneos, como la población blanca sin educación universitaria y los cristianos evangélicos.

En su primer intento de llegar a la Casa Blanca en 2016, Trump logró desplazar con relativa facilidad tanto a los moderados como a los conservadores dentro del partido. Sin embargo, fue tras su derrota en la reelección de 2020 cuando su control sobre el partido se intensificó. Primero, al tratar de revertir el resultado electoral mediante acciones judiciales en varios estados y al fomentar la llamada "insurrección" contra el Capitolio. Tras la conmoción nacional al ver en directo por televisión cómo una turba atacaba el Capitolio, inicialmente hubo una condena generalizada contra esa ruptura de los medios pacíficos para la transición de poder entre partidos. Sin embargo, a medida que la situación se normalizaba y la presidencia de Joe Biden avanzaba, Trump continuó promoviendo la idea de que le habían robado las elecciones, ganando seguidores de forma gradual y consolidando su control sobre el partido.

Posteriormente, desde su posición de líder casi único y gran elector castigó rudamente a quienes se le opusieran internamente e impuso sus candidatos a troche y moche. Logró desalojar, por ejemplo, de su puesto como representante a la cámara baja a Liz Cheney por el estado de Wyoming e hija de Dick Cheney, quien fuera vicepresidente bajo George W. Bush e impulsor de la invasión a Irak.

3 En el estado de Georgia se escenificó probablemente la presión más explícita por parte de Trump y su equipo por voltear los resultados. Al parecer Trump llamó por teléfono al Secretario de Gobierno (del partido republicano) y lo conminó "a conseguir X número de votos" correspondientes a la diferencia que lo daba por perdido. El funcionario se negó e hizo pública una grabación de la conversación. En la actualidad cursa un juicio—temporalmente suspendido—contra Trump por esos hechos de parte de una fiscal de ese estado.

La razón del encono de Trump contra Liz Cheney, quien además era Presidente de la Conferencia Republicana (tercera posición en la jerarquía de ese partido en la Cámara de Representantes) y de línea fuertemente conservadora, se debió a que se desempeñó como Vicepresidente de la Comisión de la Cámara de Representantes que llevó adelante el segundo juicio político contra él. De igual manera, en las elecciones legislativas intermedias de 2020 Trump impuso un gran número de sus adeptos, lo que trajo como consecuencia una reducción sustancial de la mayoría potencial por la selección de numerosos candidatos que perdieron. Esa reducción del tamaño de su mayoría ha puesto en aprietos a los subsiguientes presidentes de la cámara baja (los Speakers) para realizar el proceso legislativo. Paradójicamente, la razón de estas dificultades no reside tanto en la fortaleza de sus adversarios, los demócratas (los cuales, sin embargo, han actuado con gran cohesión y disciplina) sino de las luchas intestinas al interior de la mayoría republicana entre seguidores de Trump y una relativa mayoría de moderados y conservadores que son prácticamente rehenes de la minoría MAGA.

A medida que Trump se apoderaba del partido y nombraba sus seguidores en cargos tanto internos como institucionales, como fue el caso de la presidencia de la Cámara de Representantes en dos ocasiones, el partido fue pareciéndose cada vez más a una secta adoradora del máximo líder. Y esa nueva marca de fábrica ha sido popularizada por la presencia de algunos legisladores (Marjorie Taylor Greene, Lauren Boebert y Matt Gaetz, representantes al Congreso por Georgia, Colorado y Florida respectivamente), los cuales, aparte de su procacidad y escaso conocimiento de las prácticas legislativas, poco tienen que ofrecer a la tradición política republicana como no sea su devoción por el máximo líder, Donald Trump. Resulta interesante que, siendo la política estadounidense tan susceptible a los escándalos de sus líderes, en el caso de estos tres, que han protagonizado un escándalo tras otro,⁴ no ha habido ningún intento de parte de las autoridades por denunciarlos o desplazarlos. No obstante, cuando el primer speaker republicano del periodo, Kevin McCarthy fue desplazado por sus propios partidarios por haber llegado a un arreglo con la Casa Blanca sobre el techo de la deuda, corrió el rumor de que quien había encabezado su defenestración había sido Gaetz, por haberse negado el primero a cerrar el caso bajo examen en la comisión de ética de su presunta relación con una menor. En todo caso, como resultado de las disputas internas el saldo de piezas legislativas traídas a la cámara y aprobadas es de los más bajos en su historia.

⁴ Como han sido la acusación de haber estado con una menor, en el caso de Gaetz, el escándalo de Boebert fumando algún tipo de droga y manoseándose en un evento público con su novio de turno y el continuo lenguaje procaz en la cámara por parte de Taylor Greene

Tal ha sido el control de Trump sobre la base del partido republicano, los llamados *MAGA followers*, que durante las primarias para escoger el candidato republicano, los contendores de Trump parecían tener solo dos opciones: o atacarlo frontalmente, en la esperanza de recomponer las mayorías del pasado en el partido, o seguirle sus pasos (e incluso exagerarlos) para posicionarse como fieles representantes del trumpismo. Como era de esperar, ninguna de ambas estrategias funcionó y Trump se hizo fácilmente de la candidatura presidencial, llenando la comisión para la preparación de la convención y para el desarrollo de la campaña con sus incondicionales, incluyendo a una sobrina suya.

¿Quo vadis, América?

Claramente, las predicciones sobre el fin de la era Trump tras su derrota electoral de 2020 no se cumplieron. Al contrario, varios de los rasgos políticos que la han definido se han intensificado. Hemos visto cómo han afectado el funcionamiento de las principales instituciones políticas de Estados Unidos, especialmente el Congreso, en particular la Cámara Baja, que ha mostrado signos de decadencia. El Partido Republicano, tanto a nivel federal como en varios estados bajo su control, ha sufrido un declive, transformándose en una especie de secta centrada en Trump y sus intereses políticos y financieros. Está claro que para vislumbrar el futuro habrá que esperar hasta noviembre de 2024, cuando el magnate, convertido en candidato permanente, se enfrente nuevamente en unas elecciones que, al momento de escribir esta nota, parecen muy reñidas. Si gana, las consecuencias, tanto internas como externas, son impredecibles.

En relación con la nueva realidad internacional, no es claro cómo se reorganizarán las principales claves de la geopolítica mundial. Por lo pronto, se producirá un debilitamiento de la OTAN, que ha sido un predicamento constante de Trump, so pretexto que los países europeos no cotizan suficientemente para su equipamiento y funcionamiento. Y en relación con la guerra de Ucrania, probablemente aumenten las probabilidades de un triunfo ruso y negociaciones que culminen con una partición del país. Aunque la obsesión de Trump siempre ha sido China, es probable que sus acciones se limiten a un aumento tarifario general, pero la presión internacional de defensa en la eventualidad de una invasión a Taiwan seguramente se mantendrán. En cuanto a la guerra Israel-Hamas, una nueva administración Trump muy probablemente le dará carta blanca a Benjamín Netanyahu, lo que muy probablemente prolongue el conflicto. La política hacia América Latina, y en particular sobre la crisis en Venezuela, es bastante incierta.

En el ámbito interno, es difícil anticipar el impacto que su llegada a la Casa Blanca tendría en las libertades civiles, pero es probable que se incrementen los obstáculos para ejercer el derecho al voto, especialmente en algunos estados donde ha resonado el discurso del fraude. Se argumenta que facilitar el voto para todos podría permitir que voten personas que no deberían, como los inmigrantes. Tras la derrota electoral de Trump el principal bastión de defensa de los derechos ciudadanos y el rechazo del extremismo que encarna han sido los juzgados estatales y las cortes federales. Un número que sobrepasa la centena de personas han sido juzgadas por su participación en la rebelión de enero de 2021, con penas variables según su grado de participación. Como se sabe, Trump y algunos de sus aliados más cercanos también han sido llevados a juicio por lo acontecido, bien sea por el intento de revertir los resultados en el estado de Georgia o por la llamada insurrección propiamente tal.

No obstante, una mayor colusión entre el poder ejecutivo y una Corte Suprema que claramente ha girado hacia la derecha, junto con el posible control de una o ambas cámaras del Congreso, podría resultar en la reversión de políticas sociales clave o de leyes que respaldan ciertos derechos, como el derecho al aborto. De hecho, la mayoría conservadora en la Corte ya ha revocado logros significativos de las minorías y como el de las mujeres que se consideraban derechos consolidados. Además, dada la naturaleza del expresidente, no se descarta que el Departamento de Justicia persiga a políticos o funcionarios involucrados en los intentos de encarcelarlo.

En cambio, una derrota del expresidente Trump puede significar, no una pulverización rápida de su movimiento al interno del Partido Republicano, sino más bien una lenta extinción. Su avanzada edad dificultaría ejercer su liderazgo con la fortaleza y la convicción de antes, y no puede descartarse un movimiento del péndulo hacia el centro social y político que encarna el Partido Demócrata y las políticas sociales y en defensa de las minorías, que apoya en la actualidad.

Referencias

- C-SPAN. (2023, abril 24). Filmmaker Ken Burns and others on democracy in the United States. Part of The Librarian of Congress and Others Discuss Democracy. <https://www.c-span.org/video/?527600-5/filmmaker-ken-burns-democracy-united-states>
- Huntington, S. P. (2005). Who are we? The challenges to America's national identity. Simon & Schuster.

- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. Broadway Books.
- Lipset, S. M. (1996). *American exceptionalism: A double-edged sword*. Norton.
- Lührmann, A., & Lindberg, S. I. (2019). A third wave of autocratization is here: What is new about it? *Democratization*, 26(7), 1095-1113. <https://doi.org/10.1080/13510347.2019.1582029>
- Perez, A. D., & Hirschman, C. (2009, marzo). The changing racial and ethnic composition of the US population: Emerging American identities. *Population and Development Review*. [http://onlinelibrary.wiley.com/journal/10.1111/\(ISSN\)1728-4457](http://onlinelibrary.wiley.com/journal/10.1111/(ISSN)1728-4457)
- Pérez-Liñán, A., & Mainwaring, S. (2015). La supervivencia de la democracia en América Latina (1945-2005). *América Latina Hoy*, 68, 139-168. <https://doi.org/10.14201/alh201468139168>
- PBS. (2024). Jim Crow laws. *American Experience*. <https://www.pbs.org/wgbh/americanexperience/features/freedom-riders-jim-crow-laws/>
- Rosanvallón, P. (2020). *El siglo del populismo*. Manantial.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1-22.